

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes....	9
Trimestre... 27	
En provincias. { Semestre... 52	
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios históricos: Alfonso VI, el Bravo.—¡Un ángel mas! A la memoria del malogrado niño Lucas Melgar y Saez.—Historia natural: el chimpanzé.—Leyendas árabes: ¡Pobre Agar! (continuación).—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuación).—Revista de modas.—Espliegacion del pliego de dibujos.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ALFONSO VI, EL BRAVO.

"El Rey D. Alfonso el Bravo,
Aquel que con gran denuesto
Al foradar de la mano
Tuvo siempre el brazo quedo."
(Juan de Escobar.)

I.

Siempre que se echan al olvido las sabias lecciones de la esperiencia, la desgracia viene con su influjo terrible á posarse sobre la cabeza del insensato que despreció tan provechosas enseñanzas.

El testamento del Rey D. Sancho el Mayor de

Navarra hizo armar la diestra de sus dos hijos, descontentos de la particion de los Estados, y Fernando I no ocupó tranquilo el trono hasta despues de haber hollado en Atapuerca el sangriento tronco de su hermano D. Garcia.

Está lección, que debiera haberle servido para evitar en lo futuro sucesos semejantes, no fue tomada en cuenta por el noble monarca, quien, mirando mas los sentimientos de padre que la conveniencia y los deberes de Rey, y desoyendo los sabios consejos del anciano caballero Arias Gonzalo, distribuyó á su muerte el reino entre sus hijos, dando á D. Sancho, que era el mayor, la Castilla; á D. Alfonso, Leon y la tierra de Campos; á García, la Galicia y el Portugal; á Urraca, la ciudad de Zamora, y á Elvira, la de Toro.

De esta manera, despues de romper la unidad apenas efectuada de las coronas de Leon y Castilla, que hizo la Providencia reunir bajo su mano, arrojó la tea de la discordia, que debia encender mas tarde entre sus hijos una lucha tanto ó mas terrible que la que él se vió obligado á aceptar.

Esta lucha, reprimida desde su muerte hasta que su esposa, la noble Reina doña Sancha, descendió al

sepulcro, estalló poderosa y terrible en el momento que la fría losa funeraria cubrió el cuerpo de la augusta señora.

D. Sancho, á quien, como dijimos, tocó la Castilla, y el cual, por respeto á su madre, ocultaba cuidadosamente el despecho que sentia por verse privado de la parte adjudicada á sus demas hermanos, al ver muerta á esta señora armó su hueste, y dando la direccion de ella á Rodrigo Diaz de Vivar, conocido despues con el sobrenombre de *Cid Campeador*, rompió por las fronteras de Leon con la rapidez del relámpago, decidido á arrancar la corona de la frente de D. Alfonso.

Este monarca, al ver la agresion de su hermano, juntó apresuradamente sus guerreros, y salió dispuesto á contener los pasos del usurpador.

Pero la fortuna le fue adversa, y el día 19 de julio de 1068, junto al pueblo de Plantada (despues Llantada), á orillas del Pisuerga, el leonés fue vencido por el castellano, teniendo que encerrarse roto y fugitivo en los muros de su corte.

Tres años despues, en 1071, sin que sepamos la causa que motivó la suspension de armas por tan largo plazo, se encontraron de nuevo los dos hermanos lanza contra lanza en Golpejar, pueblo asentado en la orilla del Carrion, acometiéndose con mas furia que en el primer combate.

La victoria estuvo todo el dia indecisa, hasta que al declinar la tarde decidiose al fin por el leonés. La gente de Castilla emprendió la fuga, dejando sus tiendas en poder de D. Alfonso, quien, no queriendo derramar mas sangre, prohibió seguir el alcance, contentándose solo con acampar en los reales abandonados.

Pero este exceso de compasion, esta sobra de bondad fue la causa de su desgracia.

Rodrigo Diaz de Vivar, que capitaneaba á los castellanos, viendo que el enemigo no sabia aprovecharse del triunfo, contuvo á los dispersos, y reorganizando de nuevo las haces, cayó de sorpresa, al romper el alba, sobre los confiados leoneses, que dormian embriagados con su victoria, y sin darles tiempo á ponerse en defensa, pasó á cuchillo gran parte de ellos, haciendo prisionero á su Rey don Alfonso, que al ver la derrota de los suyos se habia

acogido á la iglesia de Carrion con unos cuantos caballeros.

Desde allí fue trasladado el monarca vencido al castillo de Búrgos por orden de su hermano don Sancho, de donde, merced á los buenos oficios de doña Urraca, salió para el monasterio de Sahagún á condicion de tomar el hábito de monge y cubrir con la cogulla aquella cabeza nacida para ostentar una corona.

Poco tiempo despues, y cuando el ambicioso monarca vencedor creia que su hermano, habiendo cambiado el manto de púrpura por el tosco sayal de monge, se encontraba incapacitado para siempre de poder aspirar al trono, D. Alfonso, seguido de los tres leales caballeros Pedro, Gonzalo y Fernando Ansures, huyó disfrazado del monasterio, corriendo á acogerse al amparo de Almamú, Rey moro de Toledo, antiguo aliado de su difunto padre.

Recibió el noble emir de la manera mas afectuosa al desgraciado monarca leonés, y despues de alojarle en un cómodo y elegante palacio y cederle para su recreo una hermosa quinta en la márgen del Tago, le dió tambien una pequeña fortaleza llamada *Bribea*, consintiendo formar en ella una especie de colonia cristiana sujeta á su dominio, y cuyos individuos servian á sueldo en las taifas reales.

El carácter bondadoso y franco de D. Alfonso unido á su hermosa presencia y á su sin igual bravura, le captaron de tal manera las simpatías de Almamú, que le empezó á tratar con el mismo cariño que á un hijo.

Nada, pues, faltaba al noble proscrito en su destierro; floridos cármenes donde solazar el ánimo, extensos parques y cerrados bosques donde dedicarse á la montería, templos cristianos donde elevar sus preces al verdadero Dios, y vasallos nobles y leales que le acataban; todo lo tenía en Toledo.

La generosidad de Almamú no tenia límites, y D. Alfonso hubiera podido ser feliz, si el recuerdo de su perdida corona no acibarase de continuo sus alegrías.

Cuenta la tradicion que una tarde, en la deliciosa huerta del Rey, reposaban á la sombra de un bosquecillo de tilos D. Alfonso y Almamú, acompañados de algunos wacires del Mexuar (consejeros).

El cristiano, fatigado por el calor, quedose adormecido bajo la fresca sombra de los árboles, en tanto que el Rey moro y los suyos, contemplando el conjunto encantador que presenta Toledo desde aquel sitio, empezaron á hablar de la fuerte posición que la ciudad ocupa.

Aseguraba el Rey moro que ningún cuidado le daría encerrarse en su corte con la gente de sus taifas, aunque viera venir sobre ella todos los ejércitos del mundo coaligados, porque estaba bien persuadido de que su Medina Tolaitola era inespugnable.

—No os tomé en cuenta Alá ese imprudente alarde de orgullo, señor, respondió el mas anciano de los wacires.

Si Toledo fuese cercada por un enemigo poderoso y constante que arrasara sus campiñas por espacio de siete años seguidos, la ciudad caería á sus pies estenuada de hambre; tenedlo por cierto.

—¡Silencio! ¡No ves que hay una persona extraña entre nosotros? replicó el monarca señalando á don Alfonso, que habiendo oído perfectamente la conversacion, continuaba fingiendo que dormía.

—Es verdad, he sido un imprudente, señor; pero os juro que si ese cristiano no duerme, y el secreto de la rendición de Toledo ha sido escuchado por él, no podrá jamás revelarle.

Y el wacir, alzándose con presteza, se dirigió al joven, y desnudando su acero, fingió asestarle un golpe terrible al corazón.

La aguda punta del puñal rozó el vestido de don Alfonso, que tuvo la suficiente fuerza de ánimo para soportar tranquilo tan terrible prueba.

Otros cuentan que lo que se hizo fue echarle, para probar si dormía, plomo derretido en la mano, y que por eso se le llamó el de *la mano horadada*; pero nosotros creemos que, caso de ser cierta semejante aventura, debió suceder de la manera referida.

II.

Un año llevaba D. Alfonso en Toledo, cada vez mas distinguido y estimado, cuando un día recibió un mensaje de su hermana Urraca, noticiándole la trágica muerte de D. Sancho, acaecida el 6 de octubre de 1072 ante los muros de Zamora.

Su ambición insaciable le arrastró á tan triste y desastroso fin.

Vencedor de D. Alfonso, despues que aseguró en sus sienes la corona de Leon, arrancó la de Galicia á D. García, y su ciudad de Toro á doña Elvira, resolviendo terminar de una vez sus planes de dominio apoderándose de Zamora.

Con este pensamiento cayó sobre la ciudad al frente de su hueste, compuesta de soldados curtidos en las lides, confiando clavar bien pronto sus vencedores estandartes sobre los robustos muros.

Pero el castellano monarca se engañaba. Zamora, defendida á nombre de doña Urraca por el anciano y esforzado caballero Arias Gonzalo, resistió de tal manera sus embestidas, que le hizo conocer, bien á pesar suyo, que no era posible rendirla de un solo avance.

Entonces D. Sancho, que era tenaz hasta lo sumo, apretó el cerco, resuelto á no levantar mano hasta salir con su propósito, seguro de que cuando el hambre atormentara á los defensores podría correr al asalto cierto de la victoria.

El plan del astuto monarca iba dando los resultados apetecidos.

La escasez de alimentos se hacia sentir en Zamora, y D. Sancho, creyendo llegada la ocasión de dar la última embestida, dispuso su hueste y aprestó las máquinas y los ingenios para el siguiente día; pero cuando el sol declinaba, un hombre astuto, llamado Vellido Dolfos, salió de la ciudad, y presentándose á las avanzadas del campo castellano, solicitó una audiencia del Rey.

Recibíole D. Sancho, y durante la entrevista el traidor le ofreció enseñarle un punto sumamente débil del muro por el cual podría penetrar sin riesgo en la plaza.

El monarca, deseando economizar en lo posible la sangre de los suyos, acogió con alegría la proposición de Vellido, y, solo y desarmado, salió con él del campamento con objeto de cerciorarse de la verdad de su promesa.

Las últimas avanzadas se perdieron de vista.

Las sombras de la noche envolvían con sus formas espesas la tierra, y el bravo monarca de Castilla avanzaba sin recelo alguno, guiado por aquel hombre desconocido.

Entonces Vellido Dolfos, aprovechando un momento oportuno, hundié un agudo venablo en la espalda del imprudente D. Sancho, que exhalando un grito de muerte, rodó en tierra sin vida.

El asesino emprendió la fuga.

Rodrigo Diaz de Vivar y algunos otros soldados castellanos, á cuyos oídos llegó el *¡ay!* postrero del Rey, salieron en su persecucion, pero todo fue en vano, pues Zamora dió abrigo en sus muros al que acababa de salvarle por medio de tan infame crimen.

Así murió el Rey D. Sancho, y esta noticia llegó, como ya hemos dicho, á D. Alfonso de parte de doña Urraca, que le comunicaba ademas que los pueblos todos le aclamaban por su Rey.

Sobremenera contristado con tan trágico suceso el noble monarca, reunió en su habitacion á los caballeros de su servidumbre, pidiéndoles consejo sobre lo que hacer debia en aquellas circunstancias críticas.

Los hermanos Ansurez y otros muchos fueron de parecer que lo mejor era salir de Toledo sin dar cuenta á Almamú de lo que sucedia, no fuera que el Rey moro, aprovechando la ocasion de encontrarse Castilla sin monarca, rompiese por la frontera y se apoderase de algunas ciudades.

(Se continuará.)

JULIAN CASTELLANOS.

¡UN ÁNGEL MAS!

A LA MEMORIA DEL MALOGRADO NIÑO LUCAS

MELGAR Y SÁEZ.

Espíritus que vagais por los azules espacios recorriendo sobre vuestras alas de mariposa los tibios rayos de la luna; hijos del aire, hermanos de la noche, venid á revolotar en torno de una sepultura.

Vosotros habeis visto cruzar por el firmamento una estrella blanca que, dejando á su paso una ráfaga de resplandores, parecia la forma trasparente de un ángel remontándose al cielo.

Era un alma que abandonaba la tierra.

Pero un alma pura, diáfana como la nieve, vaporosa como la nube; era el alma de un niño.

Preciosa flor agostada por el estío, y cuyo tallo, tronchado, yace en el último sueño á la sombra de los cipreses de un cementerio.

Yo quisiera entonar un cántico mas dulce que el murmullo del lago de Meris, cuando las brisas de la mañana bajan á rizar con sus besos los cristales de su corriente.

El dolor de una madre embarga mis sentidos, y no me atrevo á turbar el silencio.

Vosotros, genios de las soledades, verted un rayo de consuelo en los corazones que lloran.

¡Dichoso ese ángel que libre ha volado al cielo!

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

HISTORIA NATURAL.

EL CHIMPANZÉ.

Son el chimpanzé y el orangutan los que entre todos los monos se asemejan mas al hombre, y el primero de los dos logra la preferencia en este punto. El orangutan es peculiar de las Indias Orientales, el chimpanzé vive en las costas occidentales de África. Ambos forman la especie mas corpulenta de monos, habitan la zona tórrida, y ocupan los inmensos bosques propios de las regiones en que los ha colocado la naturaleza. El chimpanzé tiene tambien los nombres de *orangutan negro* y de *fokó*, siendo este segundo el que le dió Buffon. Sin embargo, como hasta ahora no habia sido posible traer á Europa ningun individuo vivo, muchos naturalistas creian que esta especie no se distinguia de la del orangutan; pero como la Sociedad zoológica de Londres logró al fin proporcionárselo, podemos dar acerca del chimpanzé una infinidad de noticias adquiridas por observadores curiosos y dignos de confianza que aprovecharon la ocasion de estudiarlo.

Son bastante esenciales las diferencias que existen entre el orangutan y el chimpanzé, tanto internas como externas; y por regla general puede decirse que el segundo tiene mucha mas analogía de organiza-

cion con la especie humana, siendo su ángulo facial unos cinco grados mas abierto que el del primero, aunque tiene bastante menos talla.

El individuo que, como hemos dicho, posee la Sociedad zoológica de Londres, fue cogido hace algunos años por la tripulación de un buque mercante en África, á bastante distancia de la costa, habiendo sido muerta su madre de un tiro, en tanto que le daba de mamar, teniéndolo en sus brazos. Lo primero que llamó la atención de los que le vieron fue su aspecto de vejez que le hacia parecer á un negro anciano, de modo que, á no estar cierto de lo contrario y de que su edad seria como de diez y ocho meses, se hubiera creído que era ya adulto. Sin embargo, á pesar de los pelos blancos que tenia en el rostro y su arrugada tez, manifestaba toda la viveza de la juventud, sin el atolondramiento y la impaciencia que son tan comunes en las otras especies de monos. Sus brazos, aunque largos, no esceden mucho de la rodilla, y viendo sus juegos y saltos en la habitacion donde habia sido puesto en Londres, se conocia que era de gran fuerza muscular, lo que apoyaba la robustez y anchura de sus hombros. Aunque hacia por divertirse mil evoluciones y manejos, se conocia que su modo de andar era sobre dos pies, como los hombres, y así caminaba con frecuencia. Sus movimientos, aunque vivos y sueltos, eran mesurados y hechos con tino, en lo que demostraba la superioridad de su inteligencia sobre todos los demas monos. Solia tomar un coco, cuyo licor aspiraba con suma destreza, poniendo despues en el suelo la nuez con la mayor gracia. La docilidad de su carácter era estremada, siendo necesarios muchos esfuerzos para enfadarle, y aun su enfado distaba mucho de ser tan impaciente y peligroso como el de los otros monos.

Habia cobrado mucha amistad á algunas de las personas que veia con frecuencia, especialmente á la cocinera que preparaba la comida á los trabajadores. Conocia sus pisadas sin verla, y manifestaba su alegría con animados gestos y un ligero chillido, corriendo hácia ella y llenándola de caricias que muchas veces la incomodaban, pues le costaba mucho trabajo separarlo. La agarraba generalmente del vestido, y la seguia exactamente como lo hubiera hecho un niño. Un dia abrió las celosías de una ventana, y se

puso á mirar fuera con mucha curiosidad: temeroso el que lo guardaba de que se escapase, lo llamó y mandó cerrar la ventana, lo que hizo con la mayor docilidad, volviendo á ocupar su puesto acostumbrado.

Se ha dicho que los monos tienen á las serpientes muy corpulentas un miedo instintivo, y, en efecto, un dia presentaron al chimpanzé una metida en una especie de jaula de mimbres. Al instante principió á dar muestras del mayor terror, escondiéndose y acurrucándose en un rincon. Pusieron sobre la jaula un poco de fruta de la que mas le gustaba, y, á pesar de que se conocia que deseaba cogerla, fue imposible reducirlo á que lo hiciese, hasta que se llevaron la serpiente. Ya se ha dicho que la amabilidad de su carácter era estremada, pues no tenia la malicia ni la dañada intencion que distingue á los monos. En la misma habitacion que él habia una perra parida, y algunas veces se dirigia á ella, y, á pesar de sus ladridos, cogia uno á uno los perrillos, los examinaba atentamente, y despues los volvia á colocar al lado de la madre con el mayor cuidado y delicadeza. Cuando estaba cansado de jugar se recogia en su cama, en la que se tapaba con mucho esmero, y cruzando los brazos sobre el pecho se dormia profundamente.

Los naturalistas que observaban sus costumbres esperaban ver si su carácter se mudaba cuando entrase en edad, pues es sabido que los monos viejos pierden todas las gracias que los hacian soportables cuando jóvenes, y se tornan rabiosos é irritables. Tambien imaginaban probar cuánto seria posible desarrollar su fácil inteligencia con la educacion; pero ambas cosas se imposibilitaron, porque el pobre chimpanzé murió cuando menos se esperaba. Dicen los que presenciaron su muerte que se quejaba como una persona, y redoblaba con triste semblante sus caricias á las personas que amaba. Se hizo la diseccion del cadáver, y se halló que la causa de su muerte habia sido unos tumores en el estómago que evidentemente se veian eran antiguos. En cuanto al pulmon, lo tenia perfectamente sano, lo que prueba que la atmósfera en que se le habia tenido era propia y saludable, y que hubiera podido vivir mucho tiempo sin una causa precedente de enfermedad.

V. H.

LEYENDAS ÁRABES.

POBRE AGAR!

(Continuación) (1).

II.

Cuántos seres felices habia en aquellos estensos sitios conocidos únicamente de Dios, y donde no habia llevado el hombre sus cadenas y sus martirios!

Sin otra mesa que el suelo, sin otro lecho que musgo ú hojarasca, sin mas vestidos que las pieles de los animales ó las palmas que se mecen en las llanuras, eran felices como las aves, y como ellas mantenian á sus hijos, buscándoles alimento en la tierra, en el mar y en los árboles.

En uno de los mas apartados sitios, entre dos eminencias, en las cuales jamás habia habido esa esterilidad temible de aquellos lejanos lugares, vivia un pastor con una mujer hermosa, á quien habia erigido casi un trono con hojas de árboles y pieles de los mas bonitos colores.

En aquella morada no era fácil que penetrasen ojos humanos; pues el amante esposo con sus propias manos habia hecho casi un precipicio por el cual él solo podia pasar al otro lado con un puente ingenioso que retiraba despues de saltar.

Allí solo habia yerbas y agua, pues descendia un arroyo cristalino por delante de la cabaña como una culebra que presenta sus escamas á la luz del sol.

¡Y qué hermosa era la mujer que se sentaba á su orilla, mirando á lo lejos si venia el único que la acompañaba en su soledad!

Esta mujer se llamaba Agar, y su marido Ismael. ¡Y cómo deseaban tener dos hijos para nombrarles como ellos!

La mujer debia estar enferma, pues frecuentemente se recostaba junto al arroyo, apoyando su cabeza en unos vellones de lana tejidos primorosamente por Ismael. Estaba pálida y tenia los ojos hundidos, y los labios entreabiertos y la respiracion fatigosa.

(1) Véase nuestro número anterior.

Sus cabellos, cogidos todos hácia arriba, estaban sujetos únicamente en el cerebro por una joya parecida á nuestras pulseras antiguas de piedras francesas.

Su traje era una túnica color de ceniza, suelta de la cintura, y su calzado unas chinelas sin talon, que apenas aprisionaban su pequeño pie.

Aunque el arte no podia hermohear aquella mujer, no lo necesitaba por cierto; pues debia tanto á la naturaleza, que ni la misma enfermedad podia destruir una belleza parecida á la de Eva cuando corria lozana y feliz en el divino eden, que convirtió por su mal en purgatorio terrible.

Un dia tardó el árabe en volver.

La mujer se asomaba de continuo á dos ó tres salidas que tenia la gruta para ver si le divisaba, ó si llegaria la noche en aquella ansiedad terrible.

El pastor no volvía, y los remolinos de viento habian cubierto casi de arena y polvo, como la cal, los senderos que á aquel retiro se dirigian.

La mujer estaba mas pálida que de costumbre, y apenas se podia sostener.

Los silbidos del huracan eran tan espantosos, que parecian multitud de balas de cañon que volaban en todas direcciones.

El cielo se habia cubierto de espesos nubarrones, y no se distinguia siquiera una ligera claraboya por donde ver el azul que momentos antes tenia.

Algunos aullidos de fieras y los mugidos del irritado mar se percibian á lo lejos, haciendo mas horroroso el cuadro.

El árabe nunca se habia detenido tanto tiempo.

Sobre todo, cuando amenazaba tempestad ó ventisca, siempre venia al lado de su bella mujer para calmar su inquietud.

La ansiedad de Agar era horrible. Ya no podia resistir el temor.

Ya no temblaba por el fuego ni el rayo del cielo que pudiesen herirla. Temblaba por su amor, por el hombre que tanto amaba.

Tenia miedo; pero no era ya el rugir de la fiera ni la brayura del irritado mar lo que la espantaba: era la vuelta de su Ismael.

Cada momento la parecian cien siglos.

Aquel dia se habia embarcado el árabe: ella lo sa-

bia muy bien, y ya creia verle sumergido en las profundidades de un abismo sin fondo, ó estrellado contra algun peñasco, ó luchando con las terribles y embravecidas olas.

Á esta última idea apretó convulsivamente las manos, y separándolas luego y estendiendo los brazos, como quien va á lanzarse á un precipicio, dijo con terrible acento:

—¡Él no morirá! Su Agar nada como los mas ligeros peces que bullen entre las aguas, é irá por él.

Él se salvará, ó su mujer irá á buscarle al fondo del abismo. ¡Sin él, moriria de dolor! Sin él, iria á buscar esas fieras que rugen, para que me privasen de una vida que me seria tan odiosa.

Y abandonando la cabaña, la desesperada mujer empezó á trepar por unas rocas lejanas al camino.

Por allí llegaria mas pronto á la desierta playa.

Los momentos eran preciosos.

Le parecia oir el gemido de despedida que le lanzaba el hombre que tanto queria.

Ella le daba gritos, creyendo responder á las visiones de su pobre cerebro.

Aquellos gritos eran repetidos por el huracan, y perdidos y ahogados en las llanuras.

Sus pies iban descalzos. Habia abandonado sus molestas chinelas, y trepaba por los mas difíciles sitios como una sombra, como una nube desprendida de las demas.

—¡Mi canoa está amarrada á la orilla! dijo rompiendo en un llanto de consuelo y aligerando su marcha.

Pero como el que ha sido herido de un rayo, de repente cayó al suelo, dando un gemido doloroso.

Á aquel gemido se sucedieron otros muchos. En vano trató de correr la infeliz.

—¡No puedo! exclamó. ¡No puedo! ¡Olvidaba mi estado! ¡Oh qué horror! ¡Y él no está aquí, y no verá á su hijo! ¡Al hijo que esperaba con tanto amor!...

Y la desventurada queria volver lentamente á su gruta; pero el huracan la arrastraba en contraria direccion.

Para lograr su objeto tuvo que irse deslizandose casi tendida en el suelo, y deteniéndose á cada momento, decia:

—¡Y él no está aquí! ¡Y no verá á su hijo!

¡Inefable ternura de la mujer! ¡Santa abnegacion que la hace olvidar su peligro por soñar con la ventura del esposo ó la pasion con que amará el fruto de sus amores!

Ya era cerca de la media noche, y la agarena aun no habia podido llegar á su retiro.

Gruesas gotas de sudor surcaban su frente, y sus gemidos iban apagándose, como las luces de un estrepitoso festin que se concluye por la agonía de un infeliz que no ha podido resistir los vapores.

—¡Ismael! ¡Ismael!... dijo con voz desfallecida al penetrar en la cabaña.

Una ráfaga horrible se llevó aquel nombre, acaso á otro hemisferio, y la infeliz cayó sin sentido en el suelo.

La tempestad se desarrolló con mas furia, ocultando la escena lastimera que pasaba en el interior de aquella habitacion pobre, formada por un amante y habitada hasta entonces por la felicidad.

Muchos gemidos debió lanzar aquella hija del Desierto, pues á la mañana siguiente estaba muerta.

Dos niños acabados de nacer lloraban sobre el cadáver, primer tributo que se paga á la aciaga existencia.

Lloraban su nacimiento. ¡Pobres niños! ¡Cuánto mas hubieran llorado, á saber que sus vidas costaban la de una madre!

¡Allí morirían como ella quizá!

¡Como los pobres hijuelos de la cierva ó la leona, á quien mata el desapiadado cazador!

¡Como el ave á quien hacen caer en el lazo, sin recordar los tiernos polluelos que la esperan!

Aun no estaba frio el cadáver.

Aun encontraban los niños ese calor que necesitan, y al cual se apegan como el pescado á la concha.

Un ligero ruido se oyó cerca de la gruta, y los niños dejaron de llorar. ¿Aguardarian acaso el socorro que necesitaban? ¡Podrá haber esperanza antes que germine la razon? ¡Imposible! Los niños habian callado porque ya no tenian fuerzas, porque iban á morir.

Pero de repente un hombre se deslizó por una hendedura de la pared, por una entrada que solo Agar conocia.

Este hombre venia ensangrentado. Varias heridas cruzaban su rostro y su cuerpo casi desnudo.

Tenia los ojos desecados, el cabello erizado, la barba manchada de sangre y los dedos rotos, como de haber hecho esfuerzos terribles.

Las ligeras tintas de la mañana penetraban en la caverna para presentar este dramático cuadro.

El hombre llegó, llamó á Agar; pero esta no respondió.

—¡Me la han robado! exclamó. ¡Tambien han llegado hasta aquí esos malvados! ¡Y yo que la creia segura!... ¡Yo que no me he hecho acabar de matar por ella! ¡Agar! ¡Agar! volvió á repetir con desesperacion; pero ¡cuál fue su espanto al encontrarla muerta!

Aquella hermosa mujer estaba livida, cárdena, casi cubierto su rostro y su cuerpo por la negra y larga cabellera tendida sobre él.

El árabe se abrazó á ella con delirio; pero retrocedió espantado con el frio choque de una boca de hielo.

Á este tiempo dos gemidos angustiosos le sacaron de su error: los niños empezaron á llorar de nuevo.

El árabe los cogió entre sus brazos sin cuidarse de la fractura de sus dedos, de los cuales brotaba sangre sin cesar.

El aguardaba un hijo, y se encontraba tambien una niña: aquella era demasiada felicidad para que Agar viviese.

—¡Mis hijos!... ¡Son mis hijos! exclamó frenéticamente Ismael, y desapareció con ellos de la cabaña.

¿Qué iba á hacer de ellos?

¿Dónde los llevaba? ¿Por qué no restañaba sus muchas heridas?

Al poco rato volvió sin aquellas dos caras prendas.

Tenia que volver á enterrar á su esposa; pero... ¿dónde habia dejado los hijos?

¡Pobres niños sin ventura! No lejos habia otra madre que habia podido escapar tambien de las persecuciones de las tropas por tener una guarida tan oculta como la de Ismael, y los habia cogido y arrullado, prometiendo al árabe que vivirían.

Los niños crecieron en el desierto á las sombras de las palmas, con una idea en la mente y un odio en el corazon. El aborrecimiento á los hombres y el deseo de la venganza.

Se llamaron Agar é Ismael, como sus padres.

Y eran tan hermosos y valientes como ellos.

El anciano agareno llevaba muchas veces á sus dos hijos al lugar donde estaba enterrada la desventurada madre, y les enseñaba á pronunciar con furor un juramento de esterminio y sangre.

El niño se enrojecia de furor, y la niña derramaba lágrimas. Entonces el anciano la sentaba sobre sus rodillas, y lloraba con ella la memoria de la desventurada mujer que tanto habia amado.

Despues les contaba la historia de su pasion, y concluia diciendo:

—Una noche volvía yo en mi canoa de cruzar esas aguas furiosas. Habia tempestad, pero yo no la temia; silbaba el viento, pero yo le escuchaba como una cancion de guerra.

Ligeras ráfagas de fuego cruzaban delante de mí; pero yo las miraba como los rayos del sol, que todos los dias me despertaban en los brazos de mi Agar.

—Traia muchas esperanzas felices: iba á abandonar mi vida de pastor por la de aventurero. Se estaban armando una porcion de valientes para emprender escaramuzas con las tropas que viniesen á inquietar los rebaños, los prados y abrevaderos puestos en los libres sitios que nos daba la naturaleza, y que los hombres querian robarnos.

—Porque los hombres, hijo mio, decia el anciano mirando á Ismael con fijeza, no se contentan con el palmo de tierra en que nacen, y vienen á robar las ajenas bajo el nombre de conquista.

Arrebatan sus prados y sus mujeres á los libres habitantes, y forman cómodas tiendas en sus valles para explotar la riqueza del pais y llevarse prisioneros á los que, á fuerza de trabajo, habian hecho de retirados desiertos tierras que daban alimento á sus tiernos hijos.

Yo me habia apartado de todos los sitios donde hubiese un árbol que pudiera llamar la atencion del amigo ni el enemigo. Yo queria vivir solo con la mujer que habia elegido mi corazon.

Porque aborrecia á los hombres por instinto, como la fiera aborrece á otra fiera que le puede devorar.

No queria que ojos humanos viesen la hermosura de la mujer que yo amaba.

Porque el hombre arrebató lo que le enamora, sin

dolerse del infeliz á quien roban mas que la vida.

Agar me esperaba una noche, y yo no volvía.

Agar daría gritos desesperados, y yo no la respondí.

Agar murió sola, sin consuelo, porque las tropas enemigas recorrían todas las playas en busca de los infelices fugitivos.

Ninguno de nosotros les habia hecho daño, y sin embargo daban lanzadas al que quería huir de la esclavitud.

Aquel habia sido un día terrible.

Muchas mujeres habian muerto sin poder huir.

Otras se habian arrojado al mar con sus hijos.

Todo menos entregarse á los que venían á arrebatarnos nuestra felicidad.

Yo estaba tranquilo, porque no podían descubrir la gruta donde se ocultaba Agar.

Ella no tendría que huir con las demás mujeres.

Los sitios donde nosotros vivíamos estaban tranquilos y solitarios. ¿Quién habia de llegar hasta ella?

El puentecillo del camino mas fácil solo yo le conocía, solo mi mano le armaba.

¿Cómo deseaba llegar y referirle la desolación en que estaban aquellas pobres mujeres, la desesperación de las madres y los gritos de los hijos!

Pero las legiones aun recorrían la comarca, y dieron conmigo unos cuantos soldados, que cazaban, como los caballeros en un soto, á los pobres árabes rezagados por aquellos sitios.

¡Oh!... cuando llegaron á mí, me volví un tigre sediento; pero me acordé de Agar, y les pedí, por el famoso templo de la Cava, por Abraham, por las benditas aguas de Zemzem, y por todos los perros, culebras, tigres y lagartos que adornan las paredes del templo agareno, que me dejaran ir.

¡Yo suplicaba por ella! ¡Solo por ella!

Me incliné hasta el suelo muchas veces en señal de humildad, y quise partir, convencido de que les habian conmovido mis plegarias; pero viendo que me querían aprisionar, me revolví contra ellos como el león acósado.

Y cuando me vi cubierto de heridas me arrojé al mar, sumergiéndome á cada momento hasta salir por lejanos sitios.

Mi lucha fue terrible, porque habia tempestad.

¡Ojalá el fuego celeste me hubiera abrasado antes de saltar en tierra!

¡Ojalá me hubiesen degollado de niño en alguna de las trescientas aras dispuestas al sacrificio que hay en el templo de Abraham!

¡Ojalá me hubiesen cogido las tribus de caldeos, judíos y magos, para hacerme celebrar sus aborrecidos ritos!

¡Pobre Agar!... ¡Estaba muerta!

¡Pronto voy á seguirla, hijos míos! Vengad á vuestra madre! ¡Vengad al viejo Ismael!

(Se continuará.)

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuación) (1).

Las fuerzas morales y físicas de Julia habian sufrido un golpe fatal; pero al tornar á la vida, al abandonar el lecho, al volver á ver los cuadros de la Escena Sagrada, la alegre galería del jardín, el precioso oratorio mas adornado que nunca por su tia, creyó que se despertaban en ella los mismos gustos y aficiones de su niñez, y que su vehemente pasión habia sido un descanso de la paz, un entreparéntesis del destino, para hacerle conocer cuánto valia aquella existencia religiosa y dulce, que no supo apreciar hasta verla perdida.

Por algunos momentos se creyó feliz; pero era una ilusión del deseo, una resignación forzada, un reclinatorio contra la ingratitud, un grillo que procuraba echar á su razón.

Después de amar como ella habia amado, solo se sabe sentir y llorar la dicha perdida.

Se vive de recuerdos, cubiertos con la careta del olvido.

(1) Véase nuestro número anterior.

Se le manda al corazon que cobre nuevos afectos, y este se resiste indignado, como la mujer que escucha una proposicion que desvirtúa su honra.

Las almas privilegiadas solo saben amar una vez.

Un acontecimiento terrible vino á disipar bien pronto el caos de amargas ideas en que luchaba Julia, cada vez mas arrepentida del desamor que habia manifestado á Arturo, y mas satisfecha á la vez, porque aquel hombre no habia logrado dominar su dignidad ofendida, ni su pasion la habia llevado al extremo de aceptar un amor compasivo, en vez del que ella hubiera deseado, espontáneo, vehemente, abrasador.

Sin embargo, en los muchos delirios que la agitaron desde aquel dia, hasta sintió mas de una vez ser esclava de una austera educacion, y no brillar en la sociedad con todo el esplendor de una Reina, para arrebatarse en sus triunfos el hombre que la creia pobre y vulgar de ideas, porque no llevaba consigo el séquito de la adulacion.

Mas de una vez fijó los ojos en el espejo, preguntándole si no era bastante bella para haber encadenado una voluntad.

El espejo se sonrió amorosamente, diciéndola:

—Vuela á ese mundo que te aguarda impaciente, donde tendrás alfombras de flores, y en vez de un amante que te desdeña, multitud de adoradores que mueran por ti.

—¿Y presenciara él mis triunfos? ¿Los sentirá tal vez?

El espejo volvió á reir, diciendo con ironía:

—¿Qué hombre no siente verse desdeñado? ¿Qué hombre no anhela poseer lo que todos admiran?

—Sin embargo, yo creia que las mujeres modestas eran las que reinaban en el corazon.

—¿Sí! ¡Pobre niña inocente, sí! Hay una raza de hombres que el mundo llama pobres, porque saben sentir sus afectos con mas modestia que descaro, con mas silencio que ostentacion, y estos te adivinarian, se arrodillarian á tus pies, y besarian con respeto la orla de tu vestido; pero tú has caminado á otro círculo, has fijado tus ojos en el hombre de sociedad, le has entregado imprudentemente tu corazon, y ahora si quieres volver á hallarle, si no puedes vivir sin él, tienes que lanzarte en ese mundo que desdeñas; deslumbrar por tus encantos y atavío, ver caer á

tus pies los hombres como heridos de un rayo, y sufrir la risa de envidia de las mujeres.

—¿Y tu santuario, Julia? ¿Y el amor de tu tia? ¿Y el convento?

—¿Oh qué desvario! ¡Qué funesto es amar! ¡Qué triste luchar con tantos recuerdos!.....

Ya no habia sonrisas en el rostro de Julia. Parecia que sus nervios se negaban á todo lo que fuese gozar.

Veia á Elena pocas veces, y siempre con una glacial reserva.

Solo salia á misa y á repartir limosnas á los pobres.

Antes, siempre que depositaba la moneda en la mano de un infeliz, sus rosados labios sonreian de una manera tan cariñosa, que el pobre agradecia mas la sonrisa que el socorro que habia de servir para mitigar su hambre. Ahora llevaba el bien al infortunio con un decaimiento y languidez que iba diciendo: "No sé por qué ni á dónde voy."

¿Es uno tan bueno cuando es feliz!

Quisiéramos tener la estension y poder del sol, al considerarnos dichosos, para dar parte de los rayos de la felicidad á todo el mundo.

Cuando los hombres rechazan ó contrarian nuestros afectos, parece que nosotros tambien rechazamos el bien.

Pero ser buenos siendo felices, es lo mismo que repartir el oro que se desborda de nuestras llenas arcas.

Por eso la pobre Julia se vence, y camina diciendo:

—Cuando no hay en mi corazon un átomo de felicidad, yo debo repartirla á manos llenas.

Y procura oscurecer su desgracia, y vence la seriedad de sus labios para sonreir, y se acerca al hogar dismantelado, y ofrece manjares que devorar al apetito que á ella le falta.

Por las noches se reclinaba, cansada de luchar con su destino, en las rodillas de su tia, que la besa y la acaricia como si tuviese dos años.

Pero tambien debia faltarle este consuelo.

Este barquichuelo, que la sostenia contra todas

las olas del océano, se inclinó para tocar las arenas del descanso.

Un día se levantó esta santa mujer muy tarde. Sus labios estaban blanquecinos, sus ojos amoratados, su respiración difícil.

Entró en el oratorio y llamó á Julia, y la hizo hincar de rodillas á su lado.

Entonces, levantando ambas manos hacía un Crucifijo que tenía delante, exclamó: «¡Padre mio! ¡Aquí teneis el tesoro que yo he amado en el mundo! ¡Aquí teneis la inocente paloma que se queda espuesta á los azares de la tempestad!

«¡Velad por ella, Padre mio! ¡Llevadla por la senda del bien! ¡Que no se desvie jamás de la virtud! ¡Que sea siempre digna de vuestro amor!

«¡Tened también piedad de mí, que voy á aparecer ante vuestro justísimo tribunal!

«¡Piedad, Padre mio! ¡Piedad para estas miserables criaturas!

«¡Que nuestras almas no se separen nunca, ya que nuestros cuerpos tienen que darse el adiós de la muerte!.....»

Y diciendo estas palabras se levantó con solemnidad, y estendiendo sus brazos sobre la cabeza de Julia, exclamó con un acento que jamás pudo ella olvidar: «¡Bendita seas! ¡Bendita! ¡El Señor te bendiga conmigo y estienda su diestra sobre tu frente pura, como yo lo hago en mis últimas horas, hija mia!»

Julia temblaba como hoja de un árbol en otoño, y tenía la vista desencajada como la de un loco.

Aquellas inesperadas exclamaciones de su tía, el acento sepulcral con que las hizo y el semblante cadavérico que tenía, aterraron á la pobre jóven, que no tuvo acción ni aun para levantarse y estrechar contra su corazón á la que le había servido de madre con la mas dulce ternura.

(Se continuará.)

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

La moda está de marcha para las aguas y las pla-

yas marítimas, á donde la boga le ha dado cita. Como consecuencia de esta mudanza resultan los trajes especiales, que solo pueden existir fuera de la capital.

La fantasía se entrega á todo su capricho.

Las maravillosas sobre toda maravilla llevan los dos éxitos de la elegancia. Quien dice éxito dice vestido; el Directorio y el Récamier copiados sobre los grabados de la época.

Nunca es fea la moda que domina; la misma madama Récamier fue de las mas admiradas entre las reinas de la hermosura. El traje Récamier se ha mostrado por primera vez en una aristocrática sociedad, donde produjo gran sensación de típica originalidad, con una falda de muselina blanca, terminada por un farfalá de muselina rayada de entredoses de guipure *Gandillot*, que se repetían alrededor de aquella á cincuenta centímetros de altura. El cuerpo cuadrado, á lo niño, era rayado de entredoses de guipure en el nacimiento de la garganta. Una larguísima cintura tiesa, de cinta de tafetan verde plegada alrededor del talle, se sujetaba á guisa de lazo con una escarapela de cinta rosa, picada como la hoja de la peonía.

El traje Directorio es de gasa de Chambéry, compuesto de una falda de tafetan rayado de dos colores, malva y blanco, ó azul y blanco, con sobrefalda de gasa, abierta por delante y con vuelta de gasa bordada con un viés de tafetan rayado, y una fila de botones de nácar blanco. El cuerpo describe una vesta señorita sobre un delantero de chaleco con punta de tafetan rayado. Completa este traje un cortísimo paletot girondino en gasa de Chambéry cerrado en el cuello por un solo botón, descendiendo recto y vuelto, desviándose de cada lado.

Si nuestras lectoras desean trajes de viaje, nada mas elegante que los de linon, mohais ó pelo de cabra, guarnecidos de un escarolado en tafetan de color picado. ¡Verdad que son lindos estos escarolados que representan el rizado de la peonía ó el clavel!

Nuestras madres deliraban por estos ruches recortados, y hoy copiamos nosotros sus antiguas creaciones.

Como trajes de campo, ó de las orillas del mar, hay varios modelos: el *Canotier*, especie de marinera ó

norwegienne en muleton de lana con anchos bolsillos al lado y anchos botones de nácar, de acero ó dorados.

El cuello Mejicano, sea encarnado ó á damero de color con franja al borde; y la vuelta de los campos pequeña manta aldeana que trasciende de una legua á las pastoras de Florian.

Se nos pasaba advertir que nadie viaja con sombrero cerrado, ni aun sin bavolet. Solo el redondo es admisible.

Se reserva el casquete con sobrada razon para echársela de *gandine* en el jardin de cualquier Casino.

¿El casquete?...

Solamente lo hallan absurdo las que ya no tienen edad para poderlo llevar, porque sabeis cuánto rejuvenece y el aire de calaverillas que da á dos ojos azules ó negros.

Pero si nuestra querida lectora es jóven, solo podemos decirle que el casquete Vermont es el preferido. Es un casquete jockey en paja de Italia, en paja blanca ó en crin, con visera echada sobre los ojos.

Lo que data de ayer es una toca Alejandra en crin blanca, bordeada de un viés de terciopelo cereza con lazo de encaje por detras.

Parece una toca rusa, y el nudo de encaje que la adorna es encantador sobre la nuca.

El sombrero María Antonietta, todo amazorado de copos de plumas blancas, despide, lo mismo que el Princesa de Gales, cierto aire aristocrático, con toda la distinguida aristocracia de la verdadera Lady.

Sobre los sombreros de calle se ofrece diariamente una nueva florecencia. Ayer era un coqueton sombrero de paja fantasía imitando un tul grueso con bavolet de crespón maiz, y retorcido de cinta azul enroscándose alrededor del copete, y anudándose á manera de coca sobre la cima, sujetando un ramo de acianos y de avena perlada de gotas de rocío.

Mañana será una capota de crespón rosa, plegada, con fondo flojo, bordeada de un ruche de crespón rosa recortado, y con una gruesa col de crespón rosa plantada en el lado sobre el copete, y sir-

viendo de nido á tres rosas sin follaje perladas de rocío.

Hablemos de lencería.

Como idem lujosa citemos una vesta de muselina doblada de tafetan blanco y guarnecida de malines.

El pañuelo Mirlinton edicionado por M. Chapron ha intrigado á mas de cuatro de nuestros lectores.

¿Y qué significa el pañuelo Mirlinton?

¡Pues qué, señores! ¡no adivinais que es á bandas de color ó á viñetas?

Podeis escoger.

El pañuelo Mirlinton ha sido dedicado al club de este nombre.

Lo mismo sucede con el Jockey-Club adoptado por la porcion escogida de la elegancia masculina.

Despues de ocuparse de las damas elegantes, Chapron no se olvida de los hombres.

Los de nuestra pertenencia tienen enlazamientos de encaje rombos y cuadrados, de batista mate y calados. El capricho no conoce límites cuando lo dirige el buen gusto.

Los pañuelos atraen á los perfumes como las flores á las abejas. Pero ¿qué perfumé elegiremos?

Aquel que responde á la flor querida.

Cuando todas se aman igualmente, se toma el ramillete del mundo elegante que resume todas las flores del estío.

Los mas agradables para las organizaciones sencillas y meditabundas son el ramillete de flores del campo y el extracto de violetas de Parma.

La nuestra (se trata de la organizacion) escribe hoy bajo la impresion de una terrible afeccion nerviosa que nos impide continuar nuestras recetas de perfumería y de juventud, reservándolas con otras nuevas para el próximo número.

JOAQUINA DE CARNICERO.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrion, calle del Pez, núm. 6, principal.